

La Perpetuidad del Evangelio

NO. 2636

**Sermón predicado el Domingo 28 de Mayo de 1882,
por Charles Haddon Spurgeon,
En el Tabernáculo Metropolitano, Newington.**

***“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.”
Lucas 21:33.***

El domingo pasado, prediqué acerca de la perpetuidad de la ley de Dios, y basé mis comentarios en las palabras de nuestro Señor, “De cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni siquiera una jota ni una tilde pasará de la ley hasta que todo se haya cumplido.” Hoy, no voy a hablar de la ley, sino del evangelio; y con este término, “el Evangelio,” me refiero a todo lo que nuestro Señor Jesucristo dijo cuando estuvo aquí abajo. De ese evangelio se podría decir, como Él mismo dijo de la ley, que ni siquiera una jota ni una tilde pasará hasta que todo se haya cumplido. El evangelio de Cristo no es meramente el evangelio de ayer; sino, como Cristo mismo, es “el mismo ayer, hoy y por los siglos.” No es simplemente un evangelio para esta época, o para otra, un evangelio que, a la larga, se gastará y se dejará de lado; sino que cuando esos cielos azules se arruguen, como un vestido gastado, todavía el evangelio será tan poderoso como siempre. “El cielo y la tierra pasarán,” dice nuestro Señor, “pero mis palabras no pasarán.”

I. Sin más preámbulo, enfatizo, primero que LAS PALABRAS DE JESÚS DEBEN PERMANECER, PASE LO QUE PASE. Si aceptas el testimonio de Cristo acerca de sus propias palabras, y ustedes que son sus seguidores no cuestionarán nada de lo que Él dice—entonces esto es cierto, que las palabras de Jesús deben permanecer para siempre, pase lo que pase.

Cuando el cielo y la tierra pasen, ese cambio mayor incluirá a todos los cambios menores; pero cualquiera alteración que pueda venir antes del último gran cambio, no impedirá que las palabras de Cristo permanezcan. El mundo se vuelve más civilizado—eso dicen, aunque cuando leo los diarios, no estoy muy seguro de ello. El mundo se vuelve más inteligente—eso dicen, aunque, cuando leo las revistas—me refiero a las cultas, no estoy tan seguro de que es así, porque más bien me parece que la ignorancia se vuelve cada día mayor, quiero decir, la ignorancia entre los hombres instruidos y científicos, que dan la impresión que, en sus descubrimientos, continuamente se alejan más y más, no sólo de lo que es revelado e infalible, sino también de lo que es racional y verdadero. Pero, aun así, el mundo cambia; y de acuerdo a su propia noción, se va

acercando maravillosamente a la perfección. ¿Hubo alguna vez un siglo como el nuestro? ¿Hubo un período así desde que el mundo comenzó? ¿Qué cosa hay que no la hagamos ya? El alumbrarnos con la electricidad, el hablar usando la electricidad, el viajar por mar por medio del vapor— ¡qué gente tan maravillosa somos! Sí, sí; y sin duda, vamos a hacer cosas mucho más grandes que éstas; y muchos pensamientos, que ahora se tienen como simples sueños, probablemente serán llevados a cabo en unas cuantas generaciones; pero después de que estas maravillas hayan todas llegado y se hayan ido, las palabras de nuestro Señor Jesucristo todavía persistirán, y no pasarán. A la moda sigue la moda; a los sistemas suceden los sistemas; todo lo que está bajo la luna es como ella, crece y mengua, y siempre está cambiando; pero aunque venga cualquier cambio, aunque la raza humana llegue a alcanzar ese desarrollo maravilloso que algunos profetizan, aún así, las palabras de nuestro Señor Jesucristo no pasarán. Y cuando la más grande alteración de todas tenga lugar, y este presente designio divino llegue a su final, y todas las cosas materiales sean consumidas por el fuego, y sean destruidas, aún entonces permanecerá, sobre las cenizas del mundo y todo lo que hay en él, la revelación imperecedera del Señor Jesucristo, porque como dice Pedro, “La palabra del Señor permanece para siempre. Ésta es la palabra del evangelio que os ha sido anunciada.”

¿Por qué es que las palabras de Cristo durarán de esta manera? Primero, debido a que son divinas. Lo que es divino durará; todas las obras de Dios no durarán para siempre, pero sí sus palabras; Él nunca se retractará de nada que haya dicho. Aun Balaam tuvo la luz suficiente para declarar, “Dios no es hombre para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. Él dijo, ¿Y no lo hará? Habló, ¿Y no lo cumplirá?” Dios nunca ha tenido como dice nuestro lenguaje común, que “Tragarse sus propias palabras,” ni Él; ni Cristo han tenido que retractarse de lo que han pronunciado. A lo largo de toda su vida, Él no ha tenido que disculparse ni una sola vez y decir, “Hablé demasiado rápido, o demasiado cálidamente, o con poca exactitud”; sino que todo lo que Él ha dicho ha permanecido y permanecerá, porque la divinidad involucrada lo hace eterno.

También las palabras de Cristo deben permanecer **porque son la revelación del corazón más íntimo de Dios**. Este gran mundo, y el sol, y la luna, y las estrellas, revelan a Dios; pero no tan completa y claramente como el Hijo de Dios lo revela. La Palabra encarnada es la más grande manifestación de la Divinidad, y las palabras de esa Palabra eterna son la revelación del propósito que Dios se formó en su mente infinita antes de hacer el mundo. Eso que, en los secretos consejos de la eternidad fue planeado—eso que—

“Antes que el pecado naciera, o Satanás cayera”—

fue concebido en el corazón del Altísimo—es revelado a nosotros, tanto como puede ser revelado, en las palabras del Señor Jesucristo. Los propósitos esenciales de Dios no se pueden alterar; todos ellos deben ser cumplidos. Su plan eterno fue formado previendo todas las generaciones que han de existir, así que debe permanecer inalterable; y, como esos propósitos y ese plan están estrechamente unidos a las palabras de Cristo, y en efecto son conocidos por nosotros por sus palabras, por consiguiente las palabras de Cristo deben permanecer para siempre.

Más aún, las palabras de Cristo deben permanecer, aun cuando el cielo y la tierra hayan pasado, **debido a que son verdad pura**. Todo lo que es absoluta y puramente verdadero debe de ser perdurable. Vean cuanto dura la plata. Ustedes pueden comprar utensilios plateados para usarlos en su casa; pero, después de un tiempo, comienzan a ver el metal de baja ley en el proceso de desgaste; pero si ustedes tienen plata verdadera, les durará toda la vida. Como verdaderamente dijo David, “Las palabras de Jehovah son palabras puras, como plata purificada en horno de tierra, siete veces refinada.” Su superficie no se gasta, ni revela la escoria debajo de ella, porque no hay ninguna; toda es pura en todo. La impureza engendra descomposición; el error es corrupción; toda cosa mala lleva dentro de sí las semillas de su propia muerte; pero la verdad de Dios no tiene corrupción; es la semilla viviente e incorruptible, que, por consiguiente, vive y permanece siempre. Lo que es perfectamente puro no se fermentará, porque no contiene dentro de sí mismo los gérmenes de la descomposición, ni pasará, sino que permanecerá para siempre. Nuestro Señor Jesucristo no dijo sino la verdad pura, sin ninguna impureza—la propia verdad de Dios; y, por consiguiente, permanecerá firme para siempre.

Y el hecho de que las palabras de Cristo permanecerán eternamente, lo creemos, y lo decimos una vez más, **porque ningún poder lo puede impedir**. ¿Qué poder existe que pueda impedir que las palabras de Cristo triunfen? ¿Oyen el bramido del fondo del infierno cuando se hace esta pregunta? El demonio y sus legiones de ángeles caídos aseveran que impedirán el triunfo de las palabras de Cristo; y como Él ha declarado que su reino vendrá, conspiran para impedir su llegada. Pero Cristo ya rompió la cabeza del dragón, ya aplastó a la vieja serpiente bajo sus pies, y su omnipotencia es mayor que el poder de Satanás. El demonio puede ser poderoso, pero Cristo es todopoderoso, y el infierno sufrirá una derrota horrenda por la mano del Salvador crucificado. En lo que se refiere a los hombres pérfidos de esta tierra, a menudo se confabulan y se aconsejan “contra Jehovah y su unguento, diciendo: ¡rompamos sus ataduras! ¡echemos de nosotros sus cuerdas!” Ustedes saben cuan inútiles son

todos sus esfuerzos, porque el salmista dice, “El que habita en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos. Entonces les hablará en su ira y los turbará en su furor: ¡Yo he instalado a mi rey en Sion, mi monte santo!” Sí, no hay poder que se pueda oponer efectivamente a las palabras de Cristo. “Cuando habla el rey, hay poder, pero cuando habla Dios, hay infinito poder.” Lo que Él dice, debe hacerse. Antes que dijera, “Sea la luz,” no había ni una chispa en medio de la oscuridad de toda la tierra, que pudiera ayudar a hacer el día; no había nada aquí que pudiera haber creado la luz, y sin embargo las tinieblas volaron ante el hágase de Dios. Y así, hoy, si no hay nada sobre la tierra para ayudar al cumplimiento de la palabra de Cristo, Él le ha dicho a este pobre mundo oscuro, “Sea la luz,” y esa luz que Él ha encendido, crece cada vez más brillante, y aumentará hasta llegar a ser el día perfecto. Oh, demonios del infierno, ¿pueden apagar esa luz? ¡imposible! La palabra de Cristo debe permanecer.

Y más todavía, la palabra de Cristo debe permanecer, **porque su honor está involucrado en su permanencia**. Si Él tuviera que alterar algo dicho por Él, sería manifiesto que había cometido errores que tendría que rectificar. A menudo recibo libros, en los que hay una hoja de papel, que contiene las erratas, anexado al comienzo del libro. Se dice que son la lista de las torpezas del impresor, pero no me extrañaría si también son equivocaciones del autor; pero ahí están, y debo de hacer con mi lápiz esas enmiendas en el volumen. No hay erratas en las palabras de Cristo, ni puede haber correcciones en nada de lo que Él ha dicho. Lo declarado por David se aplica a todas las palabras de Jesús: “La ley del Señor es perfecta.” Las palabras de Cristo son todo lo que deben ser, no menos y no más; y será maldito aquel hombre que quiera agregarles o quitarles algo. No puede haber ninguna alteración en ellas, porque ello sería deshonar la sabiduría de Cristo. ¡Nada que alterar! Eso haría parecer que Cristo dijo cosas sin importancia cuando estuvo aquí. O que dijo algo que luego requeriría necesariamente de una retractación, y que Él fue, después de todo, un buscador de la verdad, acercándose a ella tanto como pudo, y corrigiendo sus equivocaciones, como un doctor que no entiende una enfermedad, y da una medicina que lleva a su paciente hacia un estado delicado, y luego le da otra medicina que lo regresa a su estado anterior, pero nunca lo cura completamente. Cristo nunca tiene que actuar de esta manera. Él sabía lo que quería decir, y dijo lo que quería decir; y eso que dijo, y eso que quiso decir, perdurará aun cuando, como higos secos que se caen del árbol, las estrellas caigan de sus lugares, el sol se vuelva sangre, y la luna se vuelva negra como tela de cilicio. Eso debe ser así; por tanto, todos ustedes que creen en Jesús, crean firmemente en esta doble aseveración que Él hizo, “El cielo y la tierra pasarán pero mis palabras no pasarán.”

II. Ahora, en segundo lugar, ESTA DECLARACIÓN SE APLICA A TODAS LAS PALABRAS DE CRISTO—no simplemente a algunas de ellas, sino a todas, porque se deja una indefinición intencional que hace que se refiera a todo lo que Él dijo:”Mis palabras no pasarán.”

Esta declaración se aplica, entonces, a **la enseñanza doctrinal de Cristo**. Cualquier doctrina enseñada por Cristo mismo, o por sus apóstoles guiados por el Espíritu de Dios, es verdad precisa, clara, inmutable. En estos tiempos hay ministros, que piensan que deben cambiar sus límites doctrinales, y hay otros que no tienen ningún límite. Ellos creen algo, o todo, o nada—es difícil definirlo; y su grito común es, “Debemos ser caritativos.” He conocido a muchos que estaban dispuestos a ser caritativos pero dando el dinero que no es de ellos, y he conocido a otros que son caritativos con las doctrinas que no son de ellos. Como son doctrinas de Cristo, pueden deshacerse de ellas con facilidad. Estos supuestos guardianes se preocupan tan poco de ellas que las regalan con pretendida generosidad. Pero un sirviente fiel del evangelio de Cristo no hará eso; el que ama a Cristo, y desea honrarlo, guarda las palabras de Cristo y las atesora. Yo he oído de algún cuerpo de doctrinas o de otro diferente; pero el cuerpo de doctrinas en el que creo es el cuerpo de Cristo; y la verdadera doctrina, la teología real es ese maravilloso LOGOS, la Palabra encarnada de Dios, nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Si tomamos a Jesús, y sólo a Él, para ser nuestro Líder, hay una gran cantidad de caminos que no andaremos, y hay una gran cantidad de cosas, que son hechas por diferentes sectas de cristianos profesos, las cuales no haremos, pues Cristo nunca hizo ese tipo de cosas; y si Él no lo hizo, tampoco lo haremos nosotros. Es una buena regla para todos los cristianos la que vi escrita en un salón de un orfanato: “¿Qué haría Jesús en este caso?” No puede haber una guía mejor que ésa para los creyentes, pues nuestro texto es verdadero en lo que se refiere a la doctrina: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.” A menudo dicen de mí que soy un tipo pasado de moda, de mente estrecha, y yo no tengo la menor objeción para esa acusación. Yo ciertamente no soy alguien a la nueva moda, y no pretendo serlo, porque “lo viejo es mejor”; y, en teología no hay nada nuevo que sea verdadero, ni nada verdadero que sea nuevo. La verdad es tan eterna como las eternas montañas, y a ella deseo consagrarme hasta el final, y confío que ustedes tendrán ese mismo pensamiento.

A continuación, tenemos las palabras de Jesús, no solamente acerca de la doctrina, **sino que Él nos ha dado sencillos mandamientos prácticos**. El Maestro enseñó un maravilloso sistema de ética, y a ese sistema debemos aferrarnos con la misma tenacidad que debe caracterizar nuestra firmeza hacia las doctrinas que Cristo enseñó.

Hermanos, nunca nos alejemos de una tan divina enseñanza como ésta: “Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen; haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen.” No sólo debemos amarnos unos a otros, sino busquemos hacer el bien a todos los hombres que podamos, especialmente a aquellos que son de la familia de la fe. Que sea nuestro diario deleite el sacudir toda la malicia y crueldad de nuestros corazones, que se cumpla la ley del amor en nosotros, “para los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.” Ustedes pueden estar seguros que nunca se podrá mejorar la enseñanza de Cristo; ha habido algunas personas que han intentado mejorarla, pero han tenido un notable fracaso en todos sus intentos. Su enseñanza ética-su enseñanza de la moral-inclusive ha impresionado a algunos que no han aceptado sus doctrinas, ni creído en su Divinidad; se han asombrado por la pureza, la santidad, el amor que Jesucristo inculcó en las leyes que estableció para guía de sus discípulos.

Pero debo presionar, y recordarles que **las promesas de Cristo permanecerán para siempre**. El cielo y la tierra pasarán, pero sus promesas no pasarán. ¿No es esto una verdad bendita? Porque Él dijo, “Venid a mí, todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar.” Apresúrense, pues, pobres seres fatigados y cargados, pues Él los hará descansar; el cielo y la tierra pasarán, pero Él los hará descansar si ustedes van a Él. Y Él ha dicho, “El que cree y es bautizado será salvo.” Sí, apresúrense. Obedezcan ambos mandamientos; primero crean, y luego sean bautizados, porque, aunque la tierra y el cielo pasarán, ustedes serán salvos. Hay muchas cosas que tan solo pueden ser ficciones; como las visiones espectrales de una noche pueden disolverse, pero ustedes serán salvados, eso es cosa segura, eso es cierto, fuera de toda duda. El Señor Jesús ha prometido tan grandes cosas a su pueblo que yo los detendría a ustedes aquí toda la noche si yo intentara repetir esas gratas palabras de promesas que fluyeron de sus labios. Aquí está una de las más dulces: “Todo lo que el Padre me da vendrá a mí; y al que a mí viene, jamás lo echaré fuera.” Si ustedes van a Él, entonces Él no los echará fuera jamás; Él debe, Él quiere recibirlos; el cielo y la tierra pueden pasar, y ellos pasarán a su debido tiempo, pero nunca un alma que viene a Jesús será rechazada por Él. ¡Oh, que muchos de ustedes quisieran aprovecharse de esa promesa esta misma hora! Querido amigo anciano, te estás volviendo muy débil, y has pasado a través de muchos grandes cambios, pero esa promesa no ha sido alterada en todo ese tiempo. ¿Te acuerdas cuando tu madre te habló de Cristo cuando tú eras un muchacho de cabellos rizados? “¡Ah!” dices, “ahora es demasiado tarde.” No, mi querido amigo, no; el cielo y la tierra no han pasado todavía y esa promesa no ha pasado; tu puedes todavía venir a Cristo, así que ven y

bienvenido, porque todavía está escrito, “Al que a mí viene, jamás lo echaré fuera.” “También puede salvar por completo a los que por medio de él se acerquen a Dios, puesto que vive para siempre para interceder por ellos.” Confía en su promesa ahora mismo; inclina tu cabeza, y silenciosamente busca al Siempre Bendito, y tú lo encontrarás, porque su palabra es tan cierta para ti como lo fue para mí, tan cierta para ti como lo ha sido para decenas de miles quienes, en tiempos diferentes la han buscado, y encontrado que esa promesa es verdadera.

Pero recuerda, también, que así como cada palabra de promesa de Cristo permanecerá, así permanecerá **cada palabra de profecía**. Hay un Libro completo: el Apocalipsis el cual no entiendo, pero en el cual yo creo completamente. Yo me pongo muy contento cuando encuentro algo en la Biblia que no puedo comprender, pero que puedo creer plenamente, porque yo no le llamo fe a eso que limita su creencia a lo que se puede entender. Si tú tienes niños pequeños, te deleitas al ver la forma en la que confían en ti cuando ellos no pueden entender lo que estás haciendo, pues ellos están seguros de que tú lo estás haciendo bien. Yo quiero que ustedes, queridos amigos, tengan justo esa clase de fe en el Libro de Apocalipsis; todo es verdadero, aunque ustedes no puedan interpretar todos sus misterios; y todo llegará a ser verdadero—cada palabra de él—en el tiempo preciso de Dios. El Señor vendrá, el Señor reinará, el Señor juzgará, el Señor justificará y glorificará a su pueblo, y ordenará a los impíos que se aparten de Él bajo su maldición. Yo ruego que todos seamos ayudados para creer cada palabra de Él. Cuando yo leo la Biblia, me gusta leerla con el espíritu del niño cuya mamá le dijo algo, pero sus compañeros de escuela se rieron de él por creerlo. Le preguntaron cómo supo que eso era verdadero, y él dijo que su mamá se lo dijo así, y que su mamá nunca dijo una mentira. Ellos intentaron probar que eso no podía ser así, pero él dijo, “Miren, mi mamá dijo eso, y eso es así, aun si eso no es así.” Y si yo encuentro algo en la Palabra de Dios, y alguien con una sabiduría superior me dice que eso no puede ser así, que está completamente seguro, me río de sus “no puede ser” y los olvido, y replico, “eso es así, aun si eso no es así; tu supuesta prueba no es nada para mí. Si Dios lo ha dicho, aunque todas las otras lenguas humanas lo nieguen, yo diría aún, 'Sea Dios veraz, aunque todo hombre sea mentiroso.'” Apóyense pues, queridos amigos, en las palabras de Cristo aun cuando ustedes no siempre las entiendan.

También debo recordarles que **cada palabra de amenaza, que Jesucristo ha expresado, es verdadera**. ¡Oh, que hubiéramos podido ver su rostro, y escuchado los tonos de su voz! La predicación de Jesucristo debe de haber sido de una inexpresable dulzura, y de una inefable ternura. Todos aquellos que lo oían hablar sabían que los amaba;

y los publicanos y los pecadores, los pobres marginados, los proscritos, los que eran rechazados por todo el mundo, se acercaban a oírlo, porque sentían que había comprensión hacia ellos en ese gran corazón de Él. Sin embargo, ¿se han dado cuenta alguna vez—ustedes deben de haberse dado cuenta—que nunca hombre alguno dijo tan terribles palabras de amenaza al impío como las que dijo este Hombre? Fue Jesús quien habló del gusano que nunca morirá, y del fuego que nunca se apagará; fue Jesús que habló de destruir tanto el cuerpo como el alma en el infierno; fue Él que dijo muchas de las más terribles cosas acerca del castigo futuro que jamás se hayan expresado, tal como esa parábola del hombre rico que “murió y fue sepultado. Y en el Hades, estando en tormentos, alzó sus ojos y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. Entonces él dando voces, dijo: 'Padre Abraham, ten misericordia de mí y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama.'” Cuando escuchen a hombres que tratan de suavizar las amenazas de las Escrituras, no crean que el amor a las almas sugiere ese curso de acción; a menudo es prueba de verdadero amor el que puede decir cosas ásperas. Si un hombre llega, y dice cosas muy placenteras acerca de ti, cuídate de él; no es tu amigo; pero el hombre que puede advertirte—que puede señalar tu falta y tu locura—que puede correr el riesgo de perder tu estimación indicándote el peligro—ése es el que tiene un sincero afecto hacia ti, y un hombre sensato escogerá un amigo así. A pesar de lo que cualquiera pueda pensar o decir, no hay una palabra terrible, que haya caído de los labios del Salvador, que no perdure. Aunque no te guste, no la puedes alterar; no será afectada por que te guste o no. “El que no cree será condenado.” A eso le llamas una palabra dura; sin embargo es verdadera, de otra manera Cristo no la hubiera expresado. Le debe haber costado a Él mucha angustia interna el emitir una frase como esa; debe haber sido una suerte de crucifixión mental para Él el hablar como lo hizo acerca de los terrores del mundo futuro; y ustedes estén seguros que no son menos terribles de cómo los describió ni menos espantosos de cómo los pintó; así que, a cualquiera que quiera decir algo que los atenúe, rechácenle sus falsedades, porque el cielo y la tierra pasarán, pero las palabras de Cristo no pasarán.

III. Finalmente, en tercer lugar, quiero mostrarles que ESTA VERDAD NOS CONCIERNE A TODOS NOSOTROS.

Primero, estoy seguro que **tiene una relación con el predicador**. Mi texto me concierne íntimamente a mí y a todos los que son llamados ministros del evangelio. Queridos hermanos, tenemos que predicar el mismo evangelio que predicó nuestro Señor Jesús Cristo, y ningún otro. Doy gracias que yo no conozco ningún otro evangelio. Hace mucho tiempo llegué a la resolución de Pablo y “me propuse no saber nada entre

vosotros, sino a Jesucristo, y a él crucificado.” Me apego a eso, y eso es lo que todos nosotros debemos hacer si queremos complacer a nuestro Maestro. No hay progresión en la verdad misma; progresamos en nuestro conocimiento de lo que dijo Cristo, y en nuestro entendimiento de ello; pero las verdades que expresó permanecen justamente como eran en su día. Ustedes saben que, cuando sus niños van a la orilla del mar, construyen castillos y casitas, y hacen jardines en la arena; pero todos son barridos por las olas de la marea cuando pasan sobre ellos. Yo no quiero predicar una teología que sea constantemente barrida por las olas, dejándome la tarea de comenzar de nuevo con más arena. El faro de Eddystone ha permanecido gloriosamente, y la razón de que se tiene que construir otro es que la roca ha cedido en sus cimientos—el faro como tal está bien. Agradecemos a Dios que, construimos sobre lo que nos dice Cristo, construimos sobre una roca que no cederá bajo nosotros; y si somos tan firmes como ese viejo faro, y ninguna de nuestras piedras se mueve, estaremos perfectamente justificados por la misma firmeza de esa verdad sobre la que construimos. No hay nada que sacuda esa roca formada con lo que Cristo dijo. La tierra puede no sólo temblar, sino derretirse; y la bóveda sin pilares del cielo, que ha permanecido tan firme a lo largo de tantas edades—aun ella se desplomará con estrépito; pero ninguna palabra de Jesucristo alguna vez se disolverá o pasará. Debemos por tanto apegarnos al antiguo evangelio. Fue suficiente para nuestros padres y nuestros abuelos; y será suficiente para nuestros nietos, si el mundo dura tanto como para verlos crecer y predicar a su vez ese antiguo evangelio.

Este texto también **conciérne a los miembros de la iglesia**, especialmente a ustedes almas tímidas que, de vez en cuando se asustan de que todo lo bueno está llegando a su final. Me encuentro con algunas queridas damas ancianas, que están muy nerviosas por lo que va a pasar. Tienen miedo que vengan tiempos horribles. Sí, sin duda vendrán; pero hay una timidez pecadora que deshonra al poder y a la palabra de Dios. Han existido, en todas las épocas, hombres como Latimer y como Lutero que no tuvieron temor de la verdad de Dios. La gente se quejaba que eran muy dogmáticos; pero no les preocupaba lo que decían de ellos, eran probablemente igual de felices sin importar lo que el mundo decía. Lutero tenía un amigo muy especial entre los príncipes alemanes, y alguien le preguntó al Reformador, “Supón que te quitara su protección, ¿dónde te esconderías?” “Bajo el amplio escudo del cielo,” contestó; Lutero habló sabiamente. El no sentía que dependía de ningún hombre, sino sólo de Dios. Desearía, mi pobre amigo tembloroso, que tuvieras algo de su santo valor. No caigas en ese estado de duda de tu mente otra vez; el cielo y la

tierra pasarán, así pues espera hasta que los veas que se van; y cuando ya se vayan, simplemente permanece sentado quieto, y canta—

**“ Si los viejos pilares de la tierra tiemblan,
Y todas las ruedas de la naturaleza saltan,
Nuestras almas firmes no tendrán ya más miedo,
Como las sólidas rocas cuando rugen las olas.”**

Pero, sigo, **nuestro texto concierne a todos los creyentes.** Queridos amigos, si las palabras de Cristo nunca pasarán, debemos creerlas ciertas para nosotros mismos. ¿Alguno de ustedes es perseguido? No se rindan ni un solo momento; permanezcan fieles a su bandera; nunca se avergüencen de contar con su Señor. Recuerden como dijo, “¿Quién eres tú para que temas al hombre, que es mortal; al hijo del hombre que es tratado como el pasto? ¿Te has olvidado ya de Jehovah, tu Hacedor, que desplegó los cielos y puso los fundamentos de la tierra para que continuamente y todo el día temas la furia del opresor cuando se dispone a destruir?” Aférrate a Cristo, pues sus palabras nunca pasarán.

¿Estás muy enfermo y débil, o te estás volviendo muy pobre? Bien, tu salud y tu propiedad, también pasarán; pero las palabras de Cristo nunca pasarán. ¿Te estás muriendo? Las palabras de Cristo nunca morirán o pasarán; muere con ellas en tu corazón. Cuando fui, la semana pasada, a ver a uno de los miembros de esta iglesia que está muy enfermo, tuve un poco de mi propia enseñanza enseñándome a mí. Este querido hermano me dijo, “¿Recuerdas que nos dijiste hace años, que la frase: 'cuando tenga miedo, confiaré en ti,' es un vagón de ferrocarril de tercera clase, pero de todos modos sigue estando en el tren del evangelio y te llevará al cielo?” sin embargo agregaste, “¿Pero porqué no te vas en un carro de primera clase: 'confiaré, y no tendré miedo'?” Yo recomiendo ese carro de primera clase a todos ustedes: “confiaré, y no tendré miedo.” Dejen que la fe expulse al temor y así viajen al cielo en primera clase. Ustedes muy bien lo pueden hacer, porque no hay razón para tener miedo.

Si cualquiera de las palabras de Cristo pudiera pasar al soplo de este viento, y de ese viento, y del otro viento, ¡Dios mío! ¡En que castillo de naipes viviríamos! Pero si todas ellas permanecen firmemente para siempre—como así es—¿entonces porqué y porqué causa consentimos aún el más pequeño temor? Una razón por la que algunos de ustedes no descansan en Cristo como debieran, es debido a que ustedes no caen sobre sus rostros ante sus palabras, y confían completamente en ellas. Ustedes saben lo que el hombre humilde dijo cuando le preguntaron porqué estaba tan confiado en la salvación. Contestó, “ustedes intenten estar firmes; pero yo caeré rostro en tierra ante la promesa y al estar así, ya no podré caer más bajo.” Justo así; caigan rostro en tierra ante la promesa; y si ahí permanecen, aferrándose y descansando solos, entonces

el cielo y la tierra pasarán, pero no las palabras en las que están confiando.

Ahora, por último, ***ésta es una palabra para los pecadores***. Qué mensaje tiene mi texto para aquellos de ustedes que no aman a Cristo, para aquellos de ustedes que no están decididos. Las palabras de Cristo no pasarán; ¿entonces qué? Éste es el único evangelio que ustedes oirán; el último tren está a punto de arrancar. Si ustedes no se van en él, no hay otro que los lleve al cielo; “Porque no hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres, en que podamos ser salvos.” El evangelio jamás cambiará su carácter. ¿Algunos de ustedes estarán esperando hasta que así sea, como el campesino que dijo que cruzaría el río cuando toda el agua hubiera terminado de correr? Nunca habrá un camino más fácil hacia el cielo que el que hay en este momento. Yo creo verdaderamente que alguna gente, por su dilación, hacen el camino al cielo más duro para ellos de lo que sería de otra manera. Si por fin son salvados es más difícil para ellos confiar en Cristo cuando ellos han estado largo tiempo dilatándose. Aún la misericordia parece algunas veces actuar como Benjamín Franklin cuando un hombre entró a su tienda para comprar un libro, y le hizo perder el tiempo con su tonta indecisión. El hombre preguntó, “¿cuál es el precio de este libro señor?” “cuatro pesos,” dijo Franklin. “es muy caro,” dijo el hombre; “no me lo llevaré.” Esperó aproximadamente diez minutos, y entonces preguntó, “¿Cuánto pues, realmente, quiere usted por ese libro?” “cinco pesos,” dijo Franklin. “No, dijo el cliente, usted acaba de pedir hace unos momentos cuatro pesos.” Franklin replicó, “Señor, usted ha tomado diez minutos de mi tiempo atendiéndolo, eso hace el precio del libro suba un peso más; ahora son cinco pesos; pero si usted no lo compra rápidamente, serán más.” Hubo algo de sentido común en ese modo de negociar; y ustedes verdaderamente encontrarán, en materia espiritual, que nada se gana por la dilación, sino que se incrementa el pecado, se incrementa la dureza del corazón y aún se incrementa la dificultad de entregar el alma a Cristo.

El mejor tiempo para cualquiera de ustedes que quiera venir a Jesús es ahora; ustedes nunca podrán tener otra oportunidad más bella que ésa que está enfrente de ustedes en el momento presente. Estoy seguro de ello, debido a que la sabiduría de Dios siempre selecciona la mejor oportunidad; ¿y qué dice la sabiduría de Dios? “Hoy si ustedes quieren oír su voz no endurezcan sus corazones;” y aún otra vez, “vean, ahora es el tiempo aceptado; vean, ahora es el día de la salvación.” Si las palabras de Cristo permanecerán, nunca habrá otro evangelio presentado jamás a ustedes. Si las palabras de Cristo permanecerán, ¿por qué esperar? Algunas veces, cuando he regresado de predicar lejos de aquí, he visto gente fuera del teatro al pasar, una multitud y le he preguntado a un

amigo por qué estaban esperando “¡Oh!” me respondió, “están esperando pagar la mitad del precio.” Bueno, ahora, ustedes no pueden esperar nada de eso en el asunto de la salvación, porque el costo original es “sin dinero y sin precio,” y no puede ser más bajo de lo que es ahora. ¿ Entonces porqué no venir de una vez? Yo llegué a Jesucristo cuando tenía quince años de edad, y quisiera haber podido llegar a Él quince años antes si eso hubiera sido posible. ¡Oh, que yo haya vivido un solo minuto sin el dulce conocimiento de la salvación por Jesús Cristo! No es una cosa para hacerla a un lado; ¡Dios conceda que ustedes ya no la hagan más a un lado! Eso, ya lo han hecho mucho ustedes, así que apresúrense, y vengan a Cristo en este momento.

Déjenme rogarles con todo mi corazón que no anden buscando una esperanza más grande que les pueda llegar después de la muerte. Esa es una terrible ilusión vana; yo les ruego, no arriesguen su alma en ello. El cielo y la tierra pasarán pero las palabras de Cristo no pasarán; y como yo les recordé, Él ha dicho, “El que no cree será condenado.” Y así será condenado, y no hay nada sino ese espantoso destino para él. Pueden escoger ahora. Si confían en Cristo, tendrán gloria eterna. Si no quieren tener a Cristo como su Salvador, tendrán eterno castigo; no hay otra esperanza para ustedes. Yo ruego a Dios para que los guíe para venir a Cristo de inmediato. ¡Oh, no duden, pues Él los invita! ¡Oh, no se demoren, pues eso sería insultarlo! ¡Que su Espíritu bendito los impulse a venir, para que la casa de su misericordia pueda estar llena! Todo lo que deben de hacer es confiar en Él; no necesitan hacer nada hasta que no hayan confiado en lo que Él ha hecho. Entonces Él los convertirá en hacedores. Vengan sin nada; vengan los pecadores; vengan los de corazón duro; vengan simplemente como son. No se detengan en limpiarse o en enmendarse; sino tal como se encuentran, descansen en Jesús. Caigan rostro en tierra ante su promesa. Dependan del mérito de su sangre, y del poder de su siempre viva intercesión. Que Dios los ayude ahora a hacer esto, ¡por causa de su querido nombre! Amen.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

*Sermon #2636 – Volume 45
The Perpetuity of the Gospel.*